

# MEMORIA ESTÉTICA: UNA POÉTICA EN LA TEXTUALIDAD DEL DOLOR Y EN LA REIVINDICACIÓN DE LA UTOPIA

CLAUDIA ARCILA ROJAS

Universidad de Antioquia

RESUMEN: En las voces de la memoria aguardan los silencios que no han sido descifrados; esperan las palabras que no han sido pensadas y se bifurcan los relatos del dolor amordazados en la oficialidad que mitifica las expresiones de la humildad y la tolerancia como si fueran virtudes de reivindicación histórica. Latinoamérica ha configurado la textualidad del dolor sobre escenas de represión, exclusión y sofocamiento de las acciones que han trascendido los límites de las consignas; de los pronunciamientos que han cuestionado los fundamentalismos; de las intenciones que han desacomodado lo establecido y de la unidad que ha declarado su inconformismo.

Desde estos referentes de la contradicción que originan nuevas y complejas formas de las conflictividades, se reflexiona la concepción estética sobre la memoria poética de *Mi delirio sobre el Chimborazo* de Simón Bolívar, el cual hace de la realidad en la palabra de la historia una categoría digna de ser impulsora del cumplimiento de la utopía sobre los universales de la dignidad, la libertad y la justicia.

PALABRAS CLAVE: axiología; conflictividades; estética; memoria; poética; utopía.

## *Aesthetic memory: a poetic in the textuality of pain and in the vindication of utopia*

ABSTRACT: In memory voices await the silences that have not been deciphered; expect the words have not been designed and bifurcate the stories of pain officialdom gagged in creating myths expressions of humility and tolerance virtues that claim history. Latin America has set the textuality of pain on scenes of repression, exclusion and suffocation of the actions that have transcended the boundaries, of the slogans; of the pronouncements that have questioned fundamentalisms, of intentions that have mislaid provisions and unity that has declared its disagreement.

From these references of contradiction that cause new and complex forms of the other conflicts, it ponders the design aesthetics of poetic memory of *Mi delirio sobre el Chimborazo* of Simón Bolívar which makes the word reality in history a category worthy of driving the fulfillment of utopia on universals of dignity, freedom and justice.

KEY WORDS: Axiology; Conflictivity; Esthetics; Memory; Poetics; Utopia.

## INTRODUCCIÓN

En el pasado de la escritura reposa la memoria estética como profundidad del silencio y de la indescifrable noche de la melodía. Están los signos y las partituras de la belleza que nombran y acercan a la comprensión de la vida, donde el acto del amor hace de la verdad la celebración de nuevos nacimientos. En este origen está la memoria como una textualidad poética que no niega el dolor ni la ilusión de su vencimiento; que tampoco silencia las desgracias ni los heroicos riesgos y sacrificios que las afrontaron.

Hay una suerte de misterio en este pretérito de imágenes que trazaron pasiones, emociones, preguntas y anhelos humanos; misterios donde se pierden los registros del tiempo para iluminar los detalles del espacio, sus transformaciones,

deterioros y ruinas; para iluminar la razón con los resplandores del delirio, y con él, acceder a la palabra de connotación divina, con la cual el tiempo simboliza la paternidad de la justicia, de la sabiduría y de la esperanza:

Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fue la eternidad; los límites de mi imperio los señala el infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado; miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente (Bolívar, 1978, p. 406).

Sin duda, en la experiencia del Libertador sobre el Chimborazo, se reconoce la auténtica conexión del ser humano con el espacio en tanto expresión de la belleza y sabiduría que el mundo guarda para ofrecer a los espíritus sensibles; el espacio que permite contemplar y comprender el movimiento en la dialéctica de la muerte y el renacimiento:

[...] los hombres mantenían relaciones directas con el mundo; en otras palabras, con la eterna sucesión del día y de la noche, con los ciclos de las estaciones, con la alternancia de las luces y de las tinieblas, con las estrellas en el cielo y con los misterios de las grutas bajo la tierra, con los movimientos de los astros, con los trayectos de la Luna y el Sol en el cosmos, con la regularidad de metronomo de las apariciones de los solsticios y los equinoccios, con la dialéctica de la primavera y el invierno, con el perpetuo contrapunto de los cadáveres enterrados y de los niños que brotan del vientre de sus madres (Onfray, 2016, p. 297).

En este sentido, también se entiende que el gran legado de la humanidad sigue siendo el asombro como capacidad de reacción frente a todo aquello que nos rodea. Por él, los hombres iniciaron camino en el mundo bajo la égida de la pregunta, expresando la incansable necesidad de aprendizaje, de reconocimiento; necesidad de conservar la vida y esforzarse por defenderla. Con esta acción, el espacio se ornamentó pedagógicamente configurándose como texto de mimesis del mundo y su realidad; los símbolos fueron ruta de acceso a la exterioridad, y en ellos, el mundo con sus contingencias, iba siendo encarado.

Desde esta perspectiva, el hombre empezó a leer su entorno. Lo dibujó para poder observarlo con el detenimiento que requiere conocer las cosas y no arriesgar con su cercanía, ni desperdiciar con su distancia. En el pasado de la palabra entonces, están grabados los primeros esfuerzos por conocer la materia, las primeras acciones manuales que se intencionaron a modificar lo existente en aras de facilitar las relaciones entre el hombre y la naturaleza. La naturaleza que invita a ser endulzada «cultivando lo salvaje que en ella hay para atenuarlo. ¿No podría decirse que es ese el imperativo categórico de toda teoría pedagógica... y por ende de toda cultura? (Onfray, 2016, p. 57). La naturaleza que delinea y define los planos para la obra de la cultura, pues «la cultura como escultura de la naturaleza» (Onfray, 2016, p. 63) es la manifestación de un orden armónico donde puede tener lugar la libertad, la dignidad y la justicia.

Así pues, en esta relación nace la cultura al igual que la poética: desde las semillas de la belleza en reconciliación con los recuerdos de la justicia, donde precisamente los relatos de la unidad, la bondad y la hermandad componen

las voces donde los silencios han tenido presencia. El retorno a este origen, implica así, la liberación de esos códigos que destierran el olvido para hacer de la memoria una fuente en resarcimiento de las víctimas. En la memoria habita un acumulado de imágenes que tejen el texto de los recuerdos como un testimonio de encrucijadas donde viven y recitan las pruebas que hacen heroicas la construcción de la patria, el retorno al hogar natal donde la belleza es la poesía en su nomadismo semántico:

La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza; ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos; alimento maldito. Aísla; une. Invitación al viaje; regreso a la tierra natal (Paz, 1979, p. 13).

En este viaje, la búsqueda de la belleza ha constituido un impulso de tan profundas significaciones como las preguntas por la verdad, el amor y la felicidad, y todas ellas se contienen en el esfuerzo humano por cumplir la utopía, es decir, por alcanzar el estado de la libertad, la dignidad y la justicia.

En este presupuesto antropológico se derriban los impedimentos teológicos, ideológicos, intelectuales y materiales que se han levantado en nombre de la impunidad para prolongar y proteger la división y la ignominia, incluso, para detener la deshumanización que, en nombre del avance del conocimiento científico, en su desarraigo de una razón sensible, narrativa y propositiva, ha desterrado al hombre de su contacto natural con el cosmos: «Al crecer el conocimiento científico nuestro mundo se ha ido deshumanizando. El hombre se siente aislado en el cosmos, porque ya no se siente inmerso en la naturaleza y ha perdido su emotiva «identidad inconsciente» con los fenómenos naturales» (Jung, 2017, p. 95).

En Simón Bolívar y en su causa emancipatoria, se pone en escena la reconciliación con esos fenómenos naturales que expresan su voz en los sonidos de la belleza que tienen cumplimiento «en la música y en la poesía» (Colli, 2005, p. 33). Por ello, la memoria tiene el lenguaje de la esperanza donde la voz poética compone los predicados que desatienden los malabarismos demagógicos con los cuales se ha condenado al pueblo a la obediencia. La memoria está amparada por la claridad de los verbos que convocan a las auténticas acciones, a los movimientos que se orquestan con legitimidad moral y autorización histórica para enfrentar los males originados en la tiranía. De hecho, es en la realidad histórica que se logra experimentar «un puro afán de vivir, una potencia parecida a las cósmicas; no la misma, por tanto, no natural, pero sí hermana de la que inquieta al mar, fecundiza a la fiera, pone flor en el árbol, hace temblar a la estrella» (Ortega y Gasset, 1983, p. 56).

De ahí que, el proceder libertario de hombres comprometidos con el devenir constructor de los pueblos, es una respuesta a la opresión y dominación que victimiza sobre intereses clasistas, donde desaparece el sentido de la identidad, de la soberanía y de la patria. Con el Libertador, el sueño de una nación con las medidas continentales, encuentra un ejemplo de resistencia a la oficialidad y a

sus engaños. Convierte la memoria en un portento de lucha y orienta, desde el sentir de los pueblos humillados, una campaña de emancipación que se opone a la ambición, al crimen, al hurto, al oprobio, a la persecución y a la tortura: modalidades del acecho dominante, orientadas a someter, sobre los decálogos ideológicos y represivos, el honor y la dignidad de un territorio.

En estas marcas de dolor que han retratado una historia que no termina de arruinar y desangrar a las inmensas mayorías, persiste un encadenamiento de narrativas desde el trágico acontecer del día a día que, a veces es disimulado por las migajas y el espectáculo y, otras veces ensombrecido por la diplomacia demagógica y por el retórico ensamblamiento de discursos. En contraposición a ello, la poesía no renuncia a la simpleza para denunciar el horror y el padecimiento. En los testimonios del mismo Libertador reposa el sentido de la claridad que encuentra como cumbre enunciativa una textualidad poética; el verso en el cual la naturaleza es espejo de la sociedad retratando la unidad, la armonía y el bienestar como soportes axiológicos del paisaje geográfico como suelo del delirio y la concepción divina que tiene lugar en lo humano a través de:

[...] la posibilidad de torrente, de estallido y de grito *que él es* (...) energía que puede descargarse como el relámpago y la conciencia de peligros mortales que resultan de las descargas de energía. Ser, en el sentido fuerte, no en efecto contemplar (pasivamente), tampoco es actuar (si por actuar renunciamos al comportamiento libre con miras a resultados ulteriores), sino que es precisamente *desencadenarse* (Bataille, 2015, p. 61).

Por esta razón, las voces del Chimborazo son las mismas que desafían el silencio y la mentira; son palabras que acercan la comprensión de la utopía y con ella, la certeza de su realización desde la conciencia y el trabajo compartido. En «Mi delirio sobre el Chimborazo» (Bolívar, 1822) se recita el deber de la verdad como una conquista histórica en la cual la humanidad se congrega en el propósito de construir una realidad cultivada en la memoria de la belleza donde se integró la fraternidad, el bienestar y la esperanza. Bolívar retorna a la naturaleza para corroborar su causa; escucha, desde la sensibilidad del delirio, los mensajes que indultan a la humanidad de sus infortunios, reescribiendo los relatos a partir de los cuales la heroicidad humana recobra el acento poético donde la verdad se compone con las estrofas de lo bello:

Bello, sin reservas, es el amor a la verdad. Lleva lejos, y es difícil alcanzar el final del camino. Más difícil es, sin embargo, la vía de regreso, cuando se quiere decir la verdad. Querer mostrar la verdad desnuda es menos bello, porque turba como una pasión. Casi todos los buscadores de verdad han sufrido esta enfermedad, desde tiempos inmemoriales.

(...) El sacrilegio lleva en sí mismo el castigo correspondiente, porque la verdad, en esta ebria y palpitante laceración, se presenta desarmada, incapaz de sostenerse ni de justificarse.

Sin embargo, la impiedad también es una purificación. El porvenir aparece despejado, no queda sino proteger la verdad, esconderla de nuevo. En realidad, así nos protegemos a nosotros mismos; porque ella permanece intangible en lo profundo, y no daña ninguna palabra de las que ahora escribimos. La

verdad nunca queda comprometida, todo lo que se dice a cuenta de ella puede ser falso e ilusorio (Colli, 2008, p. 21).

En este amor a la verdad, en el camino inacabado al cual conduce y en las dificultades que conlleva el retorno para ser entregada, más aún, en la certeza de que «ninguna palabra puede decir toda la verdad» (Dessal, Bauman, 2014, p. 10), se encuentra en la poesía una suerte de compromiso y complacencia con la metáfora que se acerca a los linderos de la utopía para reinventar el mundo:

[...] el lenguaje poético tiene en común con el lenguaje científico el no alcanzar la realidad sino a través del rodeo de una cierta negación infligida a la visión ordinaria y al discurso ordinario que la describe. Al hacer esto... apuntan a un real más real que la apariencia... el sentido literal debe frustrarse para que el sentido metafórico emerja, de igual manera la referencia literal debe hundirse para que la función heurística cumpla su obra de redescipción de la realidad... La poesía no imita la realidad sino recreándola al nivel mítico (fabulador) del discurso" (Ricoeur, 1984, p. 32).

En esta perspectiva, en la reflexión estética hay una autorización moral e histórica que hace de la memoria la fuente de construcción de una nueva patria. En este encargo radica la ennoblecida importancia de la poética en sus narraciones de la memoria, pues concentra las búsquedas humanistas en una misión de significación que se imposibilita para cosificar, reducir, categorizar o fronterizar las condiciones de posibilidad de lo humano en su ineludible ser en las actuaciones.

Lo humano así entendido, vuelve sobre sí mismo como origen de la plenitud donde se piensa el acaecimiento de la ruina y el dinámico recomenzar de la existencia en los nuevos acontecimientos de lo bello, lo bueno, lo verdadero, lo justo, lo digno y sus contrarios. En la poética ondea el devenir heraclíteo que hace de la historia una obra de la voluntad y la memoria colectiva.

En este orden de ideas, lo poético es elemento de la libertad, en la cual los conceptos son, además de composiciones sobre el guion de la vida, maderos que se extinguen en las nuevas temperaturas del cambio; la palabra misma debe ser liberación en lo que dice y en quien la dice, pues de lo contrario pasaría a ser una aliada más de la calumnia.

Si la poética persigue lo anhelado aunque desconocido, es porque en ella misma, como composición humana indagando lo verdaderamente importante para el devenir de una nueva historia en la construcción de la patria deseada, se escucha el eco de un pasado donde se entona la melodía de todo el universo, pues el caminar en la unidad que reclama justicia, implica, no solo pertenecer a la totalidad del tiempo que conecta con el cosmos, sino, a la totalidad del espacio donde podemos estar «juntos y separados, entre los desvíos bruscos de la floresta» (Pessoa, 2014, p. 430), (...) «en la floresta simbólica y verdadera (...), en la floresta transformada en todo, en la floresta igual al universo» (Pessoa, 2014, p. 431).

En lo universal está la unidad estética, en la poesía la construcción artística, y en ambas se contiene el significante grabado por la escritura, es decir,

impreso por el tiempo, bautizado como página histórica que deja leer las huellas y los secretos que van connotando, como textualidad, todos los sucesos que, desde la naturaleza hasta la sociedad, permiten el acto creativo.

La creación es, en esta dirección, la materialización de la potencia heroica que traza las nuevas formas de la vida sobre los diseños poéticos de la memoria delineados desde el pulso del amor y los alientos de la melodía que trae el provenir: aquella «que no conociese más que la tristeza de la más honda felicidad e ignorara toda otra tristeza» (Nietzsche, 1984, p. 123). La creación es la obra reflejada como texto en las encrucijadas del tiempo con el pasado, el presente y el futuro; del tiempo como un suceder donde cada imagen es una metáfora de la vida y una composición de las páginas de la historia; de la obra donde el hombre construye el hogar para soñar la patria, dejando como testamento la poesía y las imágenes que en su lenguaje siguen siendo la conmemoración de la libertad, la paz, la felicidad, la hermandad y la justicia.

No en vano, en las señales de la poesía, la escritura se deja recorrer por la sangre de los mártires atesorando las imágenes vitales que se erigen como ejemplo de la grandeza humana cuando en su esencia logran superarse las pruebas de la indiferencia, la ambición, el poder y el oportunismo. Simón Bolívar logra abreviar en sus palabras y en sus hechos el verdadero acento humano que no desprecia los duelos que germinan en las emblemáticas causas. La palabra se desangra en la necesidad de invocar a los que se han atrevido a mirar tan lejos que, en ese riesgo, se encontraron con la realidad de la muerte.

## 1. POÉTICA Y REALIDAD EN LA PALABRA DE LA HISTORIA

Los nombres y los verbos de la historia de la justicia pasarán por ser «un lenguaje anacrónico, aquejado de una verbosidad y una estridencia prosódica» (Herrera, 2000, p. 17) digna de toda la prevención y alarma por quienes se han encargado de convertir en utopía la libertad y la felicidad entre los hombres. Pero no es gratuita tan peyorativa asignación de categorías, ya que el ruido de la explotación, de sus crueldades, artificios y exigencias, se intenciona a enmudecer el clamor del abatimiento y de la humillación.

Pero cuando el dolor se torna insoportable no hay complicidad que lo silencie, ni consentimiento que lo prolongue; se levanta entonces la palabra y la acción que son capaces de «asumir la voz del viento» (Herrera, 2000, p. 15) tanto como la voz de la herida, y de esa forma, recuperar el prólogo y el epílogo del lenguaje puesto en la voz del hombre, es decir, en la composición de la poesía, que encarna a su vez, la composición del mundo y de la vida como totalidad en manifestaciones de potencias y actos de importancia:

La más mínima manifestación de nuestra vida alude a la totalidad de ésta y sólo referida a ella revela su auténtico valor y significación. Lo que hacemos y lo que nos pasa no tiene más realidad que lo que ello «importe» en nuestra vida. Por eso, en vez de hablar de «cosas», que es una noción naturalista y



buena sólo para uso provisorio en la física, en humanidades debíamos hablar de «importancias» (Ortega y Gasset, 1994, p.106).

Y es en este planteamiento que la poesía puede llegar a convertirse en una madriguera para la reflexión de la vida; en un espacio vital donde las palabras continúan moviéndose en el pensamiento de su propia esencia, en el dinamismo de ascenso que, desde el ejemplo del Libertador, implicó ascender la montaña para encontrarse con su ser en plenitud poética:

En el pensar hay, como en todo, cambio, tránsito y paso, pero en éste se da la condición paradójica de que el pensar no es pasar a *otra* cosa sino que, al contrario, es un incremento, marcha, avance o «progreso hacia sí mismo» (...) Los cambios cuyo término está más allá del cambiar mismo y en que, por tanto, éste, al llegar a su término o terminar, acaba y comienza en nuevo ser estático y la nueva actualidad o ser perfecto, los llama Aristóteles «movimientos *sensu stricto*. (...) Más el cambio o movimiento que es término o fin de sí mismo, que aújuns siendo marcha o tránsito y paso, no marcha sino por marchar y no para llegar a otra cosa, ni transita sino por transitar, ni pasa más que por su propio pasar, es precisamente lo que Aristóteles llama *acto —enérgeia—* que es el ser en la plenitud de su sentido» (Ortega y Gasset, 1994, pp. 130-131).

Se trata entonces de trasladarse en el tiempo de la poesía al pasado de ella misma, recorriendo y habitando la simbología que cada expresión encarna desde el sentir de su época; es el desplazamiento intencional que se encuentra con la puesta de sol en un movimiento cronológico absteniéndose del encuentro mecánico con el nuevo día, «siguiendo en forma inercial los modos de pensar vigentes, aceptando, sin más, el planteamiento usual de los problemas» (Ortega y Gasset, 1994, p. 116).

En esta perspectiva mecánica de conducirse por los hegemónicos caminos del lenguaje, se aborta toda posibilidad del diálogo y del acercamiento poético, donde tiempos y espacios, tanto de la naturaleza como del poeta que lo narra, confluyen en un mismo acto de reconciliación cognitiva. Este trazado lingüístico es razón inequívoca de un verdadero y fértil encuentro de aprendizajes. Por su parte, continuar en el anacrónico y obsoleto pronunciamiento de lo repetitivo garantiza el fracaso de esta experiencia:

Esto es funesto, no porque nos impida ser «originales». El pujo de «originalidad», que consiste en buscar deliberadamente diferenciarnos de los demás, es una estúpida preocupación. El daño que aquel peligro suele engendrar estriba en que, al dar nosotros por buenos y aceptar a crédito los modos usuales de pensar y el planteamiento habitual de las cuestiones, ni siquiera los poseeremos de verdad. Para «adquirirlos» efectivamente, es menester que los aniquilemos, que rehagamos hacia atrás el movimiento que sus inventores hicieron hacia adelante cuando los crearon (Ortega y Gasset, 1994, p. 116).

Es pues remota en la historia del pensamiento la consideración dinámica del lenguaje, en cuyo núcleo vibrante, el pensamiento es narración siempre renovada de un evento, y por consiguiente, páginas en blanco dispuestas a nuevas

llegadas y ausencias de la palabra; la palabra que enseña, es decir, que hiera, que deja señales para crear nuevas rutas de sentido. Por ello, "La enseñanza, la verdadera enseñanza es *la palabra creadora de palabra*" (Mélich, 2001, p. 78); palabras presentes de mártires con nombres, melodías esperanzadoras y entusiastas de vitalidad, pero también «palabras ausentes de protestas anónimas, sonidos tristes y casi rabiosos de desesperación sin alma» (Pessoa, 2014, p. 412).

Pero este tránsito no debe ser azaroso, ha de guardar sobre sí la marca de la habitabilidad que hace de la trascendencia un ascenso fertilizado en su escalón precedente; un alimento donde cada hombre es un poeta narrando y reescribiendo su propia biografía, pero además su historia en la condición de un pueblo que intenta reencontrarse con los verbos que entonan el canto de la unidad y la acción de la justicia.

De esta acción melódica da cuenta la naturaleza y su propia obra, convirtiéndose en perpetua potencia de inverosímiles e inesperadas manifestaciones, donde puede presentarse en el acto permanente del asombro, del hallazgo y la pérdida de lo que se creía alcanzado; es por excelencia, la renuncia a la absoluta consideración de lo bello, lo cierto, lo absurdo o lo insensato. Ella es entonces, absoluto devenir de incógnitas, apreciaciones o nuevas realizaciones. Es el dinamismo que convoca a integrarse a la totalidad de la vida, a su importancia y trascendencia recorrida en los montículos del tiempo. La poesía recoge esta inmensidad vital, pero no como un albergue permanente para el poeta, sino como un momento de su historia que se ausenta para morar en otro relato y en la vida misma.

De ahí que la poesía sea la correspondencia del sujeto con su entorno y con las circunstancias físicas e históricas que le suscitan una actitud interrogativa; es el monólogo que se establece con la vida, pero que pasa a ser diálogo cuando en él se sitúa la existencia con los cambios que pretenden fijarse y narrarse a través de la palabra.

Por ello la poesía encarna el carácter expositivo y declarativo del lenguaje, en el cual, el depósito comunicativo le sugiere a toda manifestación de sentido la posibilidad del encuentro en un intercambio de valoraciones y percepciones donde se hace real el diálogo, como evento fundamental de la obra, en la cual descansa el peso incuestionable de una experiencia profundamente pensante. Bolívar y la divinidad del tiempo contrajeron la misión de poner la verdad en el suelo estético y desde allí, la poesía nombró la vida.

En este acto de trascendente enunciación, el hombre ha decidido «por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer. Pero esta decisión es imposible si (...) no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su derredor, los otros hombres, él mismo. Sólo en vista de ellas puede preferir una acción a otra, puede, en suma, vivir» (Ortega y Gasset, 1958, p. 4). Es en esta instancia de existencial compromiso con la vida, donde el Libertador alcanza a poner la palabra como espada de búsqueda, ya que ésta es una textura de limpio brillo haciendo reflejo de los significados que cumplen el propósito de convertir la noche en un texto más de espectáculo, en el cual se hace una manifestación del lenguaje construyendo las historias donde hombre y mundo se cuentan; implementando



simultáneamente instrumentos de lucha que ponen en confrontación textos de asimétricas valoraciones, e incluso, de épocas sin memoria.

Por eso, para tejer la historia, la poesía redacta el «diagnóstico de una existencia humana —de un hombre, de un pueblo, de una época— (...) filiendo el sistema de sus convicciones y para ello, antes que nada, fijando su creencia fundamental, la decisiva, la que porta y vivifica todas las demás» (Ortega y Gasset, 1958, p. 6). En el ser poético de Bolívar esta razón es la libertad, y ella es la forma del movimiento más puro, haciéndose danza en los cuerpos que derrotan su confinamiento.

Por esta razón, en la indicación de que el movimiento estético del hombre es la poética del cuerpo habitando los sonidos que componen el canto, se restablece la relación de armonía entre lo bello de la naturaleza y lo artístico de lo humano; una relación donde la pregunta piensa el afuera con las palabras que modelan la verdad para arrancarla de su silencio. Por eso en la poética del Libertador prima la «indocilidad a dejarse apresar por los conceptos» (Ortega y Gasset, 1958, p. 25); antes bien él los pone en libertad desde su propio pensar como un esfuerzo humano y lingüístico penetrando la profunda y a veces dolorosa contorsión de sus componentes, para rodear las imágenes con la fuerza nominal y pragmática de la idea.

Es así como conocer constituye un órgano de palabras tendientes a perseguir y atrapar la naturaleza de la razón que impulsa el habla, pretendiendo «en la cosa mudable lo que en su cambio no varía, lo que en su movimiento permanece» (Ortega y Gasset, 1958, p. 29), de tal manera que el decir alcance a mostrar a través de los signos.

En este sentido, conocer la realidad es el fundamento de la espada política y poética que se levanta para ser el espejo de las imágenes que le devuelven la dignidad a los hombres, es el origen innegable en peso y justicia de la intervención humana en los órdenes contrarios a la felicidad y al bienestar colectivo, pues los hombres dicen y hacen en respuesta a un legado material e histórico, dentro del cual no se desconoce el lugar del conocimiento, en tanto éste es vocero de la realidad como fenómeno social, y de la verdad como fenómeno físico. «En la formidable cruzada de liberación del hombre que es la misión del intelecto ha llegado un momento en que necesita éste liberarse de su más íntima esclavitud, esto es, de sí mismo» (Ortega y Gasset, 1958, p. 31), de su individualidad y egoísmo que le niega la libertad del saber para construir junto a otros hombres.

Bolívar fue sensible frente a las injusticias que desmintieron la palabra de la naturaleza, y fue sensato al alertar de los excesos y desafueros de la ambición y la ignorancia. Fue el visionario que con argumentos legitimó su vida y justificó su causa. La realidad ha dado cuenta de ello, y él no fue mezquino al reconocer y poetizar la concepción e ideal de vida, dentro de un entusiasmo que lo devoraba y que lo impulsaba, como él mismo lo afirmara:

[...] dar la libertad a mi patria, y a virtud de mis insinuaciones, mis loables y santos deseos me vi colocado al frente de unas tropas que aunque poco numerosas eran animadas del virtuoso deseo de libertar a sus hermanos del

insoportable yugo de la tiranía, de la injusticia y la violencia” (Bolívar, 1978, p. 152).

Bajo robusto y digno enunciado, su admirable campaña libertadora fue dejando testimonio de un hombre incuestionable que con su espada y su palabra combatió y lloró junto a viudas y huérfanos el terrible destino de la ofensa, pero también corroboró su decisión inaplazable de luchar sobre la razón de una vida digna y honrada: «repetíamos el juramento de libertar a nuestros hermanos de las cárceles, bóvedas y calabozos en que estaban como sepultados, y del infame, cruel yugo de tan terribles opresores» (Bolívar, 1978, p. 253). No desistir fue entonces la gran misión de un hombre que, como Bolívar, no tuvo una poesía diferente a la de la realidad para justificar su vida en el sacrificio de la individualidad, por hacerse el héroe incansable de la libertad y la justicia. Él mismo insistiría, con conocimiento de causa, que su ánimo de principio a fin se concentraba en combatir la calumnia y dar una idea sucinta de la justicia de nuestras quejas contra el opresor:

[...] Aún estoy con las armas en las manos, y no las soltaré hasta no dejar absolutamente libres de españoles a las provincias de Venezuela que son las que más recientemente han conocido el exceso de su tiranía, de su injusticia, de su perfidia y de sus atrocidades (...) Naciones del mundo: que Venezuela os deba la justicia de no dejaros preocupar de las falsas, y artificiosas relaciones que os harán estos malvados para desacreditar nuestra conducta (Bolívar, 1978, p. 256).

Pero cuando los argumentos son fuertes y válidos por ellos mismos, la conducta es el retrato suficiente de la consecuente predicación y actuación poética de un hombre justo. En tanto el discurso es obra humana, y en su convicción la poesía orienta el desarrollo lingüístico hacia la completa expresión de las ideas racional y reflexivamente articuladas, puede disponerse de la simbología humana en la imagen de Bolívar, para hacerlo ver como la palabra que, en tanto acto de enunciación y de escritura, expone la solidez de una obra en las medidas de la perfección de su silueta y en la justeza de su moldeamiento; obra que pone ante la mirada, aún del más desapercibido, el equilibrio y la armonía de la imagen, pero también ante el oído, la fluidez inquebrantable de una poética sobre los valores de la hermandad y la verdad que también son principios de la palabra.

Es por ello resaltable, en la imagen poética de Simón Bolívar, el sentido que la poesía siembra en la filosofía a modo de un silencio de admiración por lo bello y por todo aquello que lo redime del malogrado y manipulado lugar de lo accesorio. Es la estética el esfuerzo de composición que se intenciona a reflejar la unidad de significado desplegada en la naturaleza a través de cada nueva manifestación, pero trascendiendo a totalidad dinámica y sorprendente conocida como universo.

Así las cosas, la pausa poética que vincula la filosofía a la belleza, contempla el pasado, habitando el porvenir del lenguaje; es el movimiento del recuerdo, recuperando las imágenes que, desde el mundo y la vida, escribieron la historia de la humanidad. Es la pausa que, desde el presente, dialoga con el pasado y

con el futuro para hacer rememorativas y reiterativas las ideas de la libertad y la justicia; es la pausa que libera de la imperturbabilidad del instante: «Nuestras vidas, congeladas en el instante, están desconectadas de sus lazos con el pasado y con el futuro. (...) nos hace falta elegir en nuestra vida y para nuestra vida lo que querríamos ver repetirse sin cesar» (Onfray, 2016, p. 30).

En este hilo conductor es que la escritura, en tanto imagen de la poética que convoca a la memoria, sirve de lienzo para atesorar y restaurar el legado estético de la naturaleza. En las huellas gráficas se reproduce el contenido estético como acción dinámica, en la cual se recrea el mundo, sus obras y derrumbamientos. Cada presentación de la naturaleza pasa a ser una representación humana; una emulación artística que se propone atrapar y conservar visualmente el elemento que desfila en la exterioridad sin detenerse a confesar su esencia.

Sellar el momento material es acercarlo, cambiando su dirección dialéctica en la percepción que replica la imagen y permite transitar el delirio imaginativo, donde lo divino es mensaje estético, apropiándose de la razón creativa. El lenguaje de la divinidad que también es poesía generando «un goce ferviente» (Goethe, 1984, p. 24); el éxtasis del delirio, en el cual las palabras de Bolívar, como epifanía a un mundo nuevo, bien podrían ser las palabras que Goethe puso en los labios de Fausto:

En el recogimiento solemne del domingo descendía antes sobre mí el beso del amor divino; el grato son de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, (...) un ardor tan puro como incomprensible me impulsaba hacia los bosques, praderas y campos, donde deshecho en deliciosas lágrimas sentía el despertar en mí de un mundo nuevos (Ibíd., p. 24).

El Libertador crea una experiencia estética en su percepción de la naturaleza y la convierte en reflexión artística con su delirio poético, como invocación del «iris de la paz para los americanos» (De Zubiría, 1983, p. 162) en un diálogo de trascendente unidad de conceptos.

El Padre de la patria acoge «con indulgencia los clamores de la naturaleza» (De Zubiría, 1983, p. 163) haciendo un giro lingüístico que va de la física a la metafísica en un esfuerzo lógico por relacionar el presente y el ausente del conocimiento, es decir, el construir y dirigir la pregunta en el tránsito de «lo conocido a lo desconocido» (De Zubiría, p. 165) que convoca la voz del tiempo a pensar el silencio del espacio.

Bolívar exclama las voces de lo desconocido, pero las palabras de su pensamiento empiezan a desconocerse de su experiencia de vigilia. Él es arrebatado por un estado de enunciación, donde agua y tierra se unen para fertilizar la música de la materia como logro máximo en la interpretación de los susurros de la naturaleza. «El universo vegetal susurra apenas hasta que una tempestad ponga en acción toda la música terrestre» (Neruda, 1985, p. 9); todo el vientre subterráneo que encuentra la luz «En el comienzo del amanecer (donde) el día va dándose vuelta, a pausa; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos; la vibración de esta tierra vieja que vuelca su oscuridad» (Rulfo, 1984, p. 89).

Es por eso que en el poeta el movimiento es baile de exclamaciones conservando el ritmo de la estética natural, donde la poesía no sólo es el comienzo y el destino de la biografía inconclusa del hombre, sino además, una historia compartida con la naturaleza, con sus cambios y respuestas, orquestadas en «las fuerzas escondidas» (Neruda, 1985, p. 56).

En este horizonte es que en la pregunta que lo conocido desplaza a lo desconocido, la palabra se prepara a habitar en la oscuridad de los fenómenos para compartirles luz con el desprendimiento poético que los anuncia. La palabra empieza a ser parte de la melodía cósmica, donde pareciera que «una poesía epopéyica (...) se enfrentara con el gran misterio del universo y también con las posibilidades del hombre» (Neruda, 1985, p. 56).

No sin razón, la imagen de la libertad para el Libertador, se expone en la forma y vitalidad de un árbol que desde sus semillas, hasta sus raíces, ha de ser contemplado como símbolo de una poesía que también es compuesta por el movimiento de la espada, sus heridas y huellas ajustando otra aparición de la imagen.

Así el componer está directamente vinculado con la creación de significados que permiten otras consideraciones del mundo y del mismo texto. De ahí que resulte altamente conveniente plantear la diferencia lingüística que comporta el significado y el significante, para poder otorgarle a este último el lugar que le corresponde dentro de la escena de evidencia, frente a la cual, la imagen habita el mundo de los sentidos, actuados y enunciados a través del lenguaje poético.

Bajo esta aclaración nominal el significante hace contable, narrable y dialógico el panorama del significado; lo expulsa del criterio único de la definición, en tanto él debe exponerse a la mutación de su carga semántica, en correspondencia con las alteraciones naturales.

La imagen es la apuesta originaria del pensamiento que se vale del elevamiento de fuerzas superiores encargadas de sostener la complejidad del universo, donde mito y ciencia trazan la mimesis del relato mudante y su intención de convocar e interrogar los principios y convicciones humanas en la experiencia del movimiento.

De este insumo imaginativo, la escritura transita el terreno de la ficción y de las más esquizofrénicas escenas que hacen fascinante el relato, pero en la fascinación los linderos de la invención y de la verdad se difuminan, haciendo de la historia una significación creada y recreada en el germen y propósito de la estética, donde la poesía alimenta sus designios e inicia sus búsquedas y fatigas por el maravilloso bosque de la utopía.

De ahí que la escritura parezca una creación antes que una composición, con lo cual es reemplazado el hecho epistemológico de la escritura, por la autonomía de las imágenes acontecidas y asumidas como capítulos de la historia.

La escritura recupera y reivindica esta libertad, pero también se mueve en los objetos reales para nombrar su identidad y sus accidentes. Y en este sentido, la escritura comporta un dinamismo que la hace apta para narrar lo ausente, lo presente y la respuesta que de ambos se anuncie. En esta dirección, el lenguaje es reflejo que permite el brillo de los objetos y las relaciones de ellos en

un ambiente, narrando las implicaciones al definir unas reglas y trazar un camino. Este camino, en la poesía, está sugerido por el sentimiento del amor, sus complicidades y desafíos. En este sentido el texto de la naturaleza, aun siendo expresión de confrontaciones y pugnas, propone entender el lenguaje como un designio, un laberinto, un juego o un enigma; en fin, como un espacio para descifrar al hombre en sus deseos e instintos. Las escenas de la naturaleza que traducen las palpitaciones de la vida y las convierte en estrofa de un poema:

Negras y esmeralda, bermejas y verde oliva derivaban en la corriente, ondeaban con giros y con juegos. El agua del arroyuelo negreaba de aquel fluir inacabable y en ella se reflejaban las nubes que pasaban a la deriva por el cielo alto. Arriba, el devenir silencioso de las nubes; abajo, el silencioso fluir de las algas del mar; el aire gris, tibio aún; y en sus venas, la canción nueva y salvaje de la vida (Joyce, 1982, p. 191).

Es así como llega el delirio a la palabra, precedido del poemario heroico que hace del Libertador el hombre de la vida, descubriendo y fantaseando el mundo; ingresando a los corredores de la palabra con un anhelo de amor definido en la imagen semántica de la libertad. Tal parece así que la naturaleza, además de ser un maestro, propone maestros vestidos del asombro que caracteriza al niño y que lo convierte en un investigador inquieto por su entorno y por los distintos espacios que le puedan ofrecer una excusa de aventura y de aprendizaje, una experiencia de ingreso al contexto de la palabra.

Todo texto se nos presenta por sí mismo como fragmento de un contexto. Pero texto y contexto, a su vez, suponen y hacen referencia a una situación en vista de la cual todo aquel decir surgió. «Esta situación es últimamente indecible: sólo cabe presenciarse o imaginarse. La situación real desde la que se habla o escribe es el contexto general de toda expresión. El lenguaje actúa siempre referido a ella, la implica y reclama» (Ortega y Gasset, 1958, p. 96). Y es justamente bajo esta reclamación de lo real que el diálogo con la poesía constituye el descubrimiento visual o imaginario de un suceso vital, referenciado como experiencia común o posible, que dota continuamente al lenguaje de nuevos códigos y signos para sacarlo de su silencio.

En la vida, como expresión de habitabilidad del mundo, este efecto permite intercambiar experiencias a partir de las cuales se enriquecen los principios vitales y las referencias cotidianas donde se inspira el lenguaje y desarrolla sus adjetivaciones y comprensiones, remitiendo siempre en la palabra un trozo de realidad que no pasa desapercibida. Las preguntas formuladas por Voltaire en el *Cándido* (2001) son muy poderosas, a propósito del asombro frente al acontecimiento natural colmado «de enormes topacios, carbunclos y amatistas» (Voltaire, p. 192). Tal retrato de la naturaleza se suma al asombro frente al comportamiento desprendido y desprevenido de sus habitantes: «¿En qué mundo estamos? (...) ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué educación darán a estos príncipes, cuando los acostumbran desde su niñez a desprestigiar de esta manera los metales y pedrerías más exquisitas? ¿Qué te parece? ¿Qué dices de esto?» (Ibíd., p. 192)

De esta manera, texto y contexto, contribuyen a entender el concepto de amor, de hermandad, de fraternidad, de complicidad y reciprocidad con el entorno; se avanza sintiendo que cada amanecer es una nueva oportunidad de lucha, es un nuevo motivo en este caminar poético, en el cual el lector es uno y todo, padre e hijo del mismo suelo; semilla de la parcela de otra historia: la de la libertad en su ramificación de dignidad y justicia. El texto es pasado cosechándose en el presente; son los muchos rostros grabados en el telón de la memoria, son huellas que dejan su enseñanza, su convicción, su carisma. Son nombres en el bautismal y siempre actualizado lago de los guerreros: los incansables, los insobornables... los más leales guerreros en la selva del juego y el riesgo; en la mirada del relato hecho maestro y palabra en las lecciones de la vida.

En nombre y con los nombres de la poesía, el Libertador levanta la voz para celebrar y recordar la constancia frente al texto como escenario de lozanía, en el cual cada avance del tiempo es un nuevo sendero en el infatigable esfuerzo de hacer para ser, pero sobre todo de ser aprendiendo la esencia de la vida desde los más sencillos acontecimientos que trazan la identidad y el recuerdo con el otro y con lo otro; la semejanza y la memoria que permite el acompañamiento y el crecimiento en analogía con la naturaleza:

No tenemos nosotros derecho a estar *solos* en algún sitio: no nos es lícito ni equivocarnos solos, ni solos encontrar la verdad. Antes bien, con la necesidad con que un árbol da sus frutos, así brotan de nosotros nuestros pensamientos, nuestros valores, nuestros síes y nuestros noes, nuestras preguntas y nuestras dudas —todos ellos emparentados y relacionados entre sí, testimonios de una única voluntad, de una única salud, de un único reino terrenal, de un único sol (Nietzsche, 1981, p. 19).

En este relato se piensa, además de la naturaleza y sus inesquivables consejos a las relaciones de los hombres, el nuevo hombre del texto que logra reconocer la labor revolucionaria en la poesía como fuente de diálogo, de encuentro, de cercanía e intercambio de vivencias; como fuente de lucha en el más decidido movimiento que va del canto al combate por la vida.

Puede considerarse entonces la poesía, dentro del legado heroico de Simón Bolívar, como la casa donde cada ladrillo es grito, es llanto y palabra; es la resonancia de quienes pasaron y dejaron su imagen y de quienes continúan reivindicando la intención de soñar para despertar en el hogar común con las causas *únicas* de la verdad y la bondad que se expresan en la belleza. Esa vivienda terrenal acordonada de belleza en el sublime despliegue de sus rostros:

En el fondo del mar profundo, en la noche de largas listas, como un caballo cruza corriendo tu callado callado nombre. Alójame en tu espalda, ay, refúgiame, aparéceme en tu espejo, de pronto, sobre la hoja solitaria, nocturna, brotando de lo oscuro, detrás de ti. Flor de la dulce luz completa, acúdeme tu boca de besos, violenta de separaciones, determinada y fina boca. Ahora bien, en lo largo y largo, de olvido a olvido residen conmigo los rieles, el grito de la lluvia: lo que la oscura noche preserva. Acógeme en la tarde de hilo, cuando al anoecer trabaja su vestuario y palpita en el cielo una estrella llena de viento (Neruda, 1980, p. 21)



Este es el hogar para nuevos hombres que vinculan la vida y el conocimiento como el terruño de los que no claudican, de los que todavía no se han negado a soltar las semillas de las siempre nuevas y necesarias generaciones; de los héroes que se hacen hombres sin distanciarse del asombro y de la sensibilidad; de los héroes que han decidido jugar la vida en el más serio compromiso de cambio; los que derrumban las reglas de la traición, los que combaten los actos de corrupción, los que levantan la espada contra la mentira.

Todas estas miradas, que tienen como contemplación común el texto en sus expresiones de realidad social, natural y estética, ondean en los lagos de las historias, cuya profundidad es el reencuentro donde se celebra la memoria y la esperanza por los que vendrán y seguirán dejando motivos para la poesía y las lecciones que se conservan firmes, lozanas y gratas; vivas en la contundencia de cada acto y en el significado de cada palabra.

#### CONSIDERACIONES FINALES

El tiempo se contiene en el espacio de la escritura como obra humana que cumple la belleza en la inmortalidad del recuerdo. Pasado del arte o eterno presente donde el origen se abraza con el movimiento para ser memoria y camino, es decir, cronología poética donde el lugar de la palabra es el testimonio de la humanidad en un signo de vínculos, mutaciones y metáforas.

En la poética se encuentra la memoria del universo en la unidad de esfuerzos compartidos por comprender el silencio con el que la naturaleza cambia. La poética es el lenguaje de la libertad en su lucha contra la esclavitud, la mutilación, el dolor y la muerte, y por eso mismo, es el código originario donde el hombre se supo capaz del contacto con la materia para comprenderla y transformarla, para integrarse a ella en las voces estéticas que hacen de la verdad y la belleza un solo territorio en el florecimiento de la utopía. Y es que si bien el hombre y el mundo se entretajan en un texto de significaciones y significantes de universal composición, la existencia del mundo es un pretérito vernáculo, donde el lenguaje, sin lugar a dudas, es el albergue del ser y el incuestionable presente de un espacio que nos reconoce sobre las huellas de la escritura.

En esta palabra silenciosa se esculpe el mármol del pensamiento como obra misma del lenguaje hacia el acto del habla, donde susurra la utopía como versículo del trasegar del hombre en la historia, como palabra que expresó el deseo del nacimiento, del renacimiento y del hacer la vida.

De esta manera, la memoria estética, como expresión poética que dialoga con el tiempo para entender las épocas de la humanidad en el dolor y en la tiranía, es una voz donde el silencio de la utopía se libera de sus ataduras y negaciones para darle luz al espacio de la felicidad, en tanto conquista colectiva que hace del recuerdo un lenguaje y un compromiso con la dignidad y la justicia; un lenguaje que retorna «la olvidada melodía (...) que] como una pequeña y reluciente pompa de jabón la sentí ascender dentro de mí, brillar,

reflejar polícromo y pequeño el mundo entero y romperse de nuevo suavemente» (Hesse, 1991 p. 36)

La memoria estética constituye así, la regresión comprensiva al pasado que fundamenta la identidad y el lugar histórico desde el cual el tiempo se deja pensar en los testimonios y los acontecimientos que todavía marcan los territorios de las sensaciones y las geografías de los padecimientos. La textualidad del dolor en esas heridas que aún no sanan y en los heroicos esfuerzos que fueron amedrentados hasta su exterminio, reclama una reflexión poética en la memoria que no concilia con los reduccionismos de la verdad y el olvido, y en esa medida, con la demagogia axiológica que orquesta el empobrecimiento con la felicidad, la patria con el espectáculo y la historia con el esnobismo. El auténtico sentido de la utopía es, entonces, el derribamiento de los límites para alcanzar lo deseable en la autorización moral e histórica que legitima la memoria y sus acciones reivindicativas de una nueva patria. En este tendido de palabras que, en sí mismas constituyen un diseño de esta construcción, descansa la simpleza de una pregunta y su aún más simple respuesta: «¿Para qué sirve la utopía? (...) para caminar» (Galeano, 1994, p. 184).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bolívar, S. (1978). *Obras completas*. Tomo V. Colombia: Fundación para la investigación y la Cultura. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señora Esther Burret de Nagariz.
- Bataille, G. (2015). *La felicidad, el erotismo y la literatura*. España: Adriana Hidalgo Editora.
- Colli, G. (2008). *La naturaleza ama esconderse*. España: Ediciones Siruela.
- Dessal, G. Bauman, Z. (2014). *El retorno del péndulo*. México: Fondo de Cultura Económica, México.
- De Zubiría, R. (1983). *Breviario del Libertador*. Medellín: Bedout.
- Galeano, E. (1994). *Úselo y tírelo. El mundo del fin del milenio visto desde una ecología Latinoamericana*. Argentina.
- Goethe, J. (1984). *Fausto*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Herrera, J. (2000). *Bolívar, el hombre de América*. Tomos I y II. Medellín: Ediciones Convivencias.
- Hesse, H. (1991). *El lobo estepario*. Chile: Editorial Andrés Bello.
- Joyce, J. (1982). *Retrato del artista adolescente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jung, C. (2017). *El hombre y sus símbolos*. Buenos Aires: Paidós.
- Mèlich, J (2001). *La ausencia del testimonio. Ética y pedagogía*.
- Neruda, P. (1980). *Residencia en la tierra*. Barcelona: Bruguera.
- Neruda, P. (1985). *Confieso que he vivido*. Colombia: Editorial Seix Barral.
- Nietzsche, F. (1981). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (1984). *La Gaya Ciencia*. España: SARPE.
- Onfray, M. (2016). *Cosmos*. Argentina: Editorial Paidós.
- Ortega y Gasset, J. (1958). *Historia como sistema*. Madrid: Colección El Arquero.
- Ortega y Gasset, J. (1983). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.

- Ortega y Gasset, J. (1994). *Obras completas*, Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X. Madrid: Alianza Editorial.
- Paz, O. (1979). *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pessoa, F. (2014). *Libro del desasosiego*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Ricoeur, P. (1984). *Educación y política*. Buenos Aires: Docencia.
- Rulfo, J. (1984). *Pedro Páramo y El llano en llamas*. Colombia: Editorial La Oveja Negra.
- Voltaire (2001). *Cándido*. Madrid: Editorial LIBSA.

Universidad de Antioquía  
claudiarbol@gmail.com

CLAUDIA ARCILA ROJAS

[Artículo aprobado para publicación en marzo de 2021]